

LA SUPREMACÍA DEL BIEN A LA LUZ DE LA LÓGICA

Alejandro Francisco Peláez Ruiz-Fornells

Comunicación presentada al V Congreso Católicos y Vida Pública. ¿Qué Cultura?

Madrid, 14, 15 y 16 de Noviembre de 2003.

Fundación Universitaria San Pablo CEU

LA SUPREMACÍA DEL BIEN A LA LUZ DE LA LÓGICA

¿Quién no se ha preguntado alguna vez, por la misión del hombre en la Tierra?. ¿Para qué comenzó, hace tiempo, su existencia la especie humana?. ¿Para qué viene al mundo cada uno de nosotros?

Resulta, en verdad, impresionante que vayamos poblando y dominando nuestro planeta, pero no conozcamos la causa de lo que es principal: nuestra presencia en él. Se diría que una amnesia generalizada ha silenciado parte de nuestro cerebro, impidiéndonos recordar lo más importante para nosotros: nuestro origen y nuestro destino. La explicación de nuestra propia existencia. El sentido de nuestra vida.

No parece que podamos recurrir, pues sería quizás una explicación demasiado pobre, a considerar al ser humano como el fruto de la simple evolución biológica, a partir de la concurrencia fortuita de circunstancias químicas propicias, sin un sentido expreso. Pero, entonces, ¿Cuál podría ser la explicación?

Creo que es posible admitir que una gran parte de nuestra misión en la Tierra, consistiría en desarrollar lo que llevamos dentro. Aquello que nos caracteriza como persona. "Realizarnos", trayendo al mundo lo que cada uno somos. De ahí la íntima satisfacción que nos produce, darnos a conocer sinceramente.

Esto, que es nuestra esencia, es –en realidad-, el reflejo de Dios en una de sus infinitas formas, modos, matices: el nuestro, particular. Nuestra vibración. La "nota" en que se produce nuestra "afinación" personal. Única. Irrepetible.

Ahora bien; lo anterior tiene que convivir con un misterio terrible. La tendencia al mal que existe en cada ser humano. Una tendencia, en la mayoría, de escaso peso relativo. Residual, pero real. ¿Cuál es la raíz de esta tendencia?

Sócrates mantenía que "solo hay un bien, que es la sabiduría y solo un mal, que es la ignorancia". Modernamente, se ha encontrado correlación entre altruismo y altos valores del cociente intelectual.

Pero, además, sorprendentemente, somos perfectamente capaces -salvo alienación mental- de distinguir el bien del mal. Ello es la fuente de nuestra libertad para elegir entre lo uno y lo otro y de la posterior responsabilidad que esto supone.

Pero, ¿en qué se basa esta distinción?. ¿Por qué sabemos que una determinada tendencia es mala?. ¿Por que la identificamos como tal?

Y, sobre todo, ¿Por qué no llevar a cabo determinada acción, cuando favorezca nuestro interés, sino evitarla?. ¿Qué "sacamos en limpio" de sacrificar dicho interés, oponiéndonos a ella? ¿Por qué preferir el bien al mal?

Si bien el Hombre pudo vivir sin resolver estos misterios, Dios decidió dar respuesta a estas dos últimas preguntas. Pero no respondió con palabras, sino con obras: **con el proceso de Redención de los hombres a través de la Pasión Muerte y Resurrección de Jesús.**

Veamos –permítasenos tal atrevimiento-, qué procedimiento lógico empleó:

1) En primer lugar, para dar a conocer al hombre las coordenadas del espacio donde iba a poder ejercer libremente su capacidad de elección, definió e imprimió indeleblemente en su conciencia, las nociones de bien y mal.

2) Y, en segundo lugar, mostró la total **supremacía del bien sobre el mal**, proporcionando, así, al ser humano, el argumento suficiente para preferir el primero al segundo.

Con esto era bastante.

Pero, ¿Con qué obras?, ¿Con qué hechos mostró a los hombres esta **supremacía del bien sobre el mal?**

Sin duda con aquellas que permitiesen concluir que:

A) El peor de los males imaginables (uno que fuese, además, irrepetible en la historia),

B) Fuera incapaz de prevalecer sobre el bien.

C) Y, por si fuera poco, contribuyese a la victoria del bien, se le hiciese servir en la causa del bien.

Es decir, **con el proceso de Redención de Cristo:**

A) Permitiendo que ocurriese el peor de todos los males imaginables, a cuyo lado cualesquiera otras maldades hasta el fin de la historia, pareciesen sólo ligerezas de niños: Es decir,

Que se hiciera LO PEOR: MATAR.

Que se hiciera con EL MEJOR: DIOS.

B) Dejando, a continuación, sin efecto, estéril, tal atrocidad. Es decir, que tuviera lugar LA RESURRECCIÓN DE AQUEL A QUIEN MATARON.

C) Haciendo, finalmente, que fuese precisamente este crimen el que contribuyese, contra todo pronóstico, a la victoria del bien, garantizando el efecto opuesto al que buscaban sus asesinos:

* Por el asesinato querían que fuese olvidado.

*Pero, por la resurrección, acabó siendo eternamente recordado.

De este modo se hizo servir al mal en la causa del bien, lo que supone su completa destrucción, pues:

* No sólo fue incapaz de prevalecer sobre el bien (no se pudo eliminar a Jesús), sino que,

*El ejercicio de tal atrocidad, además de quedar estéril, contribuyó al triunfo de lo que más aborrecía: el Bien (Jesús)

No es posible un mayor aniquilamiento del mal, que queda, en efecto, despojado de su propia esencia. Se trata de la perfecta supremacía del bien sobre el mal.

Y este es el claro incentivo, que necesitaba el hombre para comprender qué “sacamos en limpio” de preferir el bien y rechazar el mal:

- * Obrar el bien, superando las inclinaciones al mal en todas las circunstancias, no es otra cosa que tomar el partido del Vencedor.
- * Obrar el mal, dejándose arrastrar, no es otra cosa que apostar por el propio fracaso, pues conduce exactamente al resultado opuesto al previsto.

"Solo hay un mal -según Sócrates-, que es la ignorancia". En efecto, solo un perfecto ignorante, obraría de modo que obtuviese un resultado opuesto al buscado.